

pues que no es otra cosa castigar el mal y hacer más insignes las victorias de la virtud, se infiera que tales seductores hayan sido *predestinados* para reclutar **almas** humanas con que engrosar los ejércitos del infierno.

Ya tendremos ocasion de tocar en otro lugar este punto.

CAPITULO XXII.

SUMARIO.

Consecuencias de lo dicho en el anterior capítulo.—La cuestion es de hecho; y en punto á hechos el fallo corresponde á la historia y á la tradicion.—Las tradiciones y las historias de todos los pueblos proclaman la existencia de los genios maléficos, llamados demonios.—El primero de los libros, desde su primera página hasta la última, les hace representar un papel importante.—Escena del Paraiso terrenal.—Es una prueba palmaria de la existencia de Satanás.—La serpiente que habla no es un mito.—Las ciencias confirmando la verdad de la relacion del Génesis.—Los Dragones-serpientes y la Geologia.—Palabras de Cuvier.—Otras de Zimmermann.

Si el cristianismo fuera una teoría meramente filosófica, si el *dualismo* no pasara de una hipótesis científica, y si los sacrificios humanos pudieran ser otras tantas ilusiones de la fantasía,

ni el cristianismo, ni el *dualismo*, ni los sacrificios humanos, servirían para demostrar la existencia real de Satanás y de sus satélites los demonios. Pero resolviéndose el cristianismo y el dualismo en hechos innegables, y siendo una realidad, de que dan testimonio los sentidos los sacrificios humanos, aquellos génius maléficos, no pueden considerarse como personajes alegóricos; no pueden ser entes fabulosos, ni mitos imaginarios.

No; ellos son tan reales como el enemigo del género humano; este enemigo tan real como el Redentor de la humanidad, el Redentor tan real como Jesucristo, Jesucristo tan real como el cristianismo, que se siente, se ve y se toca en las sociedades modernas, que viven de su savia, como se sintió, se vió y se tocó en las antiguas, que fueron por él regeneradas.

No; el *dualismo* se resuelve en hechos, y en este número se comprenden los sacrificios humanos; aquel y estos deben tener una causa tan real como ellos mismos; y semejante causa debe ser maléfica, pues los efectos, que son los hechos, son contrarios al bien y á la virtud. La razón, pues, para explicar la historia, para darse cuenta de fenómenos cuya existencia reconoce á su pesar, tiene que ocurrir á las revelacio-

nes católicas ó que extraviarse en un laberinto más intrincado que el de Creta.

Pero no nos distraigamos en lucubraciones que, tratándose de hechos, servirán para hacerlos creíbles, para valorizarlos, para sorprender el secreto de su generacion y el hilo de su filiacion y para suministrar á lo más una prueba indirecta de su existencia; mas no para proporcionar la demostracion directa que adversarios exigentísimos demandan con insistencia. En punto á hechos, el fallo corresponde á la tradicion y á la historia. Aun en los casos en que haya algunos que aparentemente choquen con la razón y con los conocimientos adquiridos, aquel doble criterio es decisivo, y la sentencia que se dé con fundamento en él, es inapelable.

Pues bien, las tradiciones y las historias de todos los pueblos de la tierra, deponen en favor de la realidad de esos génius maléficos que la Iglesia llama demonios.

Pasemos la vista por los libros y nos convenceremos de que nada hay más cierto ni más certificado.

Y el primero que consultemos sea el que lo es por excelencia, venerable por su antigüedad, sagrado, porque fué escrito bajo el dictado de Dios mismo, y digno de recibir los homenajes

de la razon **más** independiente, por haberse anticipado á **conocimientos** altísimos hasta en órdenes que, **como** el físico, puedan decirse extraños á las teogonías.

Este libro, **desde** las primeras páginas del idilio con que **abre**, hasta las últimas de la tragedia con que **cierra** las variadas escenas, que pone á la **contemplacion** del mundo y de los hombres, hace **representar** á aquellas infelices criaturas un papel importante, que dejaría de serlo, si fueran ellas una mera personificación, una alegoría, una quimera.

¿Quién no **ha** leído los pormenores de la primera lucha de **nuestros** progenitores colocados por la mano de Dios en el Paraiso de las delicias? ¿Quién **al** enterarse de la discusión sostenida entre Eva y la serpiente, el más astuto de cuantos **animales** había hecho el Señor sobre la tierra, acerca **de** la virtud oculta del árbol de la muerte, **no se** estremece de pavor? ¿Quién se contenta con ver en ese inmundo reptil, sobre el cual el **hombre** ha recibido pleno dominio, un simple **animal**, sin más que la vida del sentimiento y **privado** de la vida de la razon? No; la serpiente discernía entre el bien y el mal y **comprendía** la magestad infinita del Criador con una **intuición** clarísima. No era, pues,

una serpiente á la manera de las que conocemos. Inconcusamente una inteligencia superior movía sus labios y su lengua, y establecía los principios de la funestísima ciencia que puso una muralla de separacion entre la tierra y el cielo. ¿Ni cómo en esta escena en que la justicia y la misericordia divina se dieron un ósculo de amor, en este acontecimiento de que brotó una promesa sublime y que dió lugar al pronóstico que vemos hoy cumplido, de un Dios Redentor que encarnaría en uno de los descendientes de la primera pecadora del linage humano, y rescataría á éste de la más tremenda esclavitud con el inextimable precio de su sangre, había de ser uno de los actores un animal, que por astuto que se le suponga, no podría nunca salir vencedor de la muger, que le aventajaría sin duda en excelencia de naturaleza? En este supuesto absurdo no serían grandes ni sublimes, tiernas ni consoladoras, sino mezquinas y ridículas é indignas de la magestad de Dios, por quien se afirma fueron pronunciadas estas palabras del Génesis: "Pondré enemistades entre tí y la muger; y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza y tú andarás acechando á su calcañal." (1).

(1) Génesis, III, 15.

Se necesita por cierto grande atrevimiento para suponer en Dios frases que, ó no tendrían significado, ó no sería propio el que tuvieran de su infinita grandeza. No menor atrevimiento sería menester para dar un mentís, sin otra razón que preocupaciones sobre las que no se tiene suficiente poder, al libro y al autor del libro tan venerado; libro cuyo relato se justifica con las tradiciones de todos los antiguos y los modernos pueblos y con los monumentos de las primitivas edades.

Sin embargo, el atrevimiento no falta, y se declama sin rubor que esa revelación genésica, y sobre todo esa serpiente que habla, no pasa de un *mito*, común á muchos pueblos orientales; (1) debió haberse dicho, para hablar con verdad, común á todos los pueblos de la tierra. "Todos los descubrimientos, se continúa en afirmar siempre sin fundamento, de la geología, la paleontología, la lingüística, la arqueología han echado ya muchas capas de tierra sobre esa fábula propia de las edades infantiles del linaje humano." A negaciones tan arbitrarias ha sido necesario ocurrir para desvanecer la impresión que estamos ciertos hizo en los entendimientos sanos, una frase que vertimos en uno de nues-

(1) "Ilustración Espirita." núm. 22.

tros capítulos anteriores. Allí dijimos que el primer hecho espirita que tuvo lugar en el mundo fué el de la serpiente hablando á Eva, y ahora decimos que ese mismo fué el primer hecho demoniaco, aunque suene mal esta palabra en el oído de nuestros adversarios.

¡Es un *mito*! ¡Es una fábula! ¡Y en qué razones descansan quienes afirman cosas contrarias á lo que siempre la humanidad ha tenido como cierto? Ya lo hemos visto; se ocurre á los descubrimientos de algunas ciencias naturales cuya competencia en la cuestión que se debate deberíamos declinar. Pero no; esas ciencias, si se hallan en la verdad, no deben estar en contradicción con las revelaciones bíblicas, que son la verdad misma en todos los puntos que tocan.

Y en efecto, por más que la impiedad é incredulidad unidas han pretendido convencer de impostura al que fué juntamente el primero de los filósofos y de los historiadores, no han logrado otra cosa que hacer más verídico y razonable su testimonio, poniendo en claro, que aquel hombre, que existió en edades tan remotas y en las que los conocimientos naturales no se habían elevado á la altura que guardan en el presente siglo XIX, al hablar con tal aplomo, de infinito

número de cosas, que hasta mucho tiempo despues han venido á descubrirse, ha hablado con más exactitud que un Cuvier, un Buckland, un Mangin ó un Zimmermann. De esta manera han puesto á las inteligencias de buena fe en la necesidad de admitir un hombre prodigio ó de creer que la obra de este hombre fué inspirada; y en la de darle entero crédito, sea cual fuere el supuesto porque se decidan.

Para convencernos de ello, consultemos á estos gigantes del siglo de las luces, sobre algun punto que se relaciona con el en que nos ocupamos.

En los siglos pasados se hablaba mucho, como de una cosa cierta, de la existencia de una especie de monstruos anfibios, de cien piés de longitud, piernas terminadas con garras de leon, alas de murciélago, escamas de cocodrilo, dientes de tiburón, cabeza de cachalote, cuello y cola de serpiente. Esto en el siglo XVIII excitaba la risa de los sábios á la Voltaire; y ¿quién les hubiera dicho que muy pronto se les convenceria de que esa risa era la risa de la ignorancia ó de la necedad más estúpida; y que quien se encargaria de esta tarea, seria nada ménos que la misma ciencia tras la cual se creian parapetados?

Así fué; Cuvier en Francia, Buckland en In-terra, Humbold y Zimmermann en Alemania, despues de serias investigaciones y de haber removido una y otra vez las capas del globo terrestre, se han visto en el caso de asegurar ser cierto que existian esos monstruos; y han descrito en presencia de sus esqueletos la constitucion física de los *Saurios*, *Megalosauros*, *Plesiosauros*, *Pterodactylos*, *Ichtyosauros*, *Hydrar-chos*, que tanta semejanza tienen con esos dragones-serpientes que describe la Biblia en varios lugares. Oigamos á Cuvier: "Hay una clase de reptiles muy notables, dice, cuyos despojos abundan en los arenales superiores, y es la del *Megalosauro* (gran lagarto); es llamado así con justicia, con la forma de los lagartos, y particularmente de los *Monitores*, de los que tambien tiene los dientes cortantes y dentellados." Refiriéndose al *Plesiosauro* y al *Pterodactylo* asegura "están armados de dientes agudos, con piernas muy largas y cuya extremidad anterior tiene un dedo excesivamente prolongado, que tenia verosímilmente una membrana propia para sostenerle en el aire acompañado de otros cuatro dedos de dimension ordinaria que terminan con uñas retorcidas." Y agrega: "si algo puede justificar estas hydras y demás mons-

truos, cuyas figuras han sido repetidas tan á menudo en los monumentos de la Edad Media y de todos los pueblos antiguos, es indudablemente este *Hesiosauro*, que tiene patas de cetaceo, cabeza de lagarto y un cuello largo, compuesto de treinta vértebras, número superior al de todos los animales conocidos, tan largo como todo su cuerpo que se levanta y retuerce lo mismo que el cuerpo de las serpientes. (1)

Zimmermann, cuyas libres opiniones respecto á todo lo que hace relacion al catolicismo, no son sospechosas, se expresa así: "Se encuentran fósiles de lagartos del tamaño de la más enorme ballena. A una de estas monstruosas especies pertenece el *Hydrarcho* (príncipe de las aguas), cuyo esqueleto tiene 120 piés de largo..... al que agregamos otro monstruo que parece justificar todas las leyendas de los tiempos antiguos sobre los dragones alados: y es el *Pterodactylo*."

"Su pantagion ó membrana, que sirve para volar, se despliega entre el pié de atrás, de tal manera, que deja las garras libres para coger la presa. La cabeza del monstruo es casi tan gran-

[1] *Investigaciones sobre las osamentas fósiles, tom. V, part. 2, pág. 343. Discurso sobre las revoluciones del globo, pág. 214.*

de como la mitad del tronco. Su mandíbula está armada de dientes agudos y encorvados (1)."

No hay duda, estos dragones son de la especie del que se describe en el Apocalípsis, y al que el hijo del trueno denomina la *antigua serpiente*, que no es otra que la misma del Génesis.

Hé aquí, pues, á la geología justificando de la manera más espontánea la verdad de las revelaciones que tan sin razon se califican de míticas y fabulosas.

(1) *El mundo ántes de la creacion del hombre, lib. 32, pág. 4, 1857.*